



# GUIPUZCOA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



V

## MIGUEL DE LILÍ

HUJO esclarecido de una casa solariega de las más ilustres de Guipúzcoa, que sienta sus reales á orillas del Urola, siguió la carrera de las armas, llegando en ellas al empleo de mariscal de campo, logrado por mérito de guerra, en famosa retirada en que demostró envidiables cualidades de estrategia; no obstante ello, en desgraciada gestión defendiendo á Tortosa, hizo fuera uno de los generales cuya conducta más y más sañudamente se ha debatido, sin que hasta el presente haya, á juicio nuestro, sido esclarecida en términos de poder pronunciarse franca y decididamente por su culpabilidad ó su inocencia.

Al resonar potente en los astures montes el grito de guerra al vencedor de Friedland, D. Miguel de Lili, conde de Alacha, brigadier del ejército, corrió á su puesto y con gente aragonesa y levantina formó su brigada bajo las órdenes del general Castaojal y con él realizó el avance conjunto sobre el Ebro, consecuencia de la victoria de Bailén, en el que los generales Blake, Belveder, Castaños y Palafox, creyeron lanzar las águilas francesas allende el Pirene, como lo hubieran conseguido de no acudir á su frente el Emperador, que en hábil y rápida maniobra, vencía, casi simultáneamente á Blake, en Zornoza y Espinosa de los Monteros; á Belveder, en Gamonal, y rompía en Tudela las fuerzas de Castaños y Palafox, obligando al primero á retirarse

hacia el centro de la Península y al segundo sobre los muros de Zaragoza que, muda, musitaba á la orilla del Ebro, descansando de los lauros de las Eras dispuesta á reverdecerlos en el Portillo y Santa Engracia.

En aquella rota de Tudela y en la retirada general del ejército, se destaca el nombre de Alacha; cumpliendo las órdenes de su general, salió de vanguardia á reconocer las avenidas de Agreda y observar los movimientos del mariscal Ney, estableciéndose á veintidós kilómetros de la villa de Nalda, en la venta de Codes, donde estableció el cuartel general y donde el 22 de Noviembre (1808) recibió orden de incorporarse á su División, rompiendo la marcha para ello á las seis de la mañana del día siguiente, llegando á Villar del Río, donde tuvo noticias de que los franceses ocupaban Soria y avanzaban sobre Agreda, y temiendo verse comprometido, contramarchó, entrando el 25 en Montenegro, donde le alcanzó un pliego del jefe de su División, manifestándole que no pudiendo ya incorporarse, maniobraba según su pericia y celo; en aquel instante se encontró Lili solo con su brigada, casi cercado de los franceses y en los angustiosos momentos de una rota general; no falta quien afirme que Alacha no supo el resultado de la batalla de Tudela hasta el día 27 en Salas de los Infantes; tal aserto lo afirman todos ó casi todos los historiadores; pero á ello ocurresenos la siguiente objeción: ¿es verisímil que Cartaojal, que habíase batido en Tudela y retirábase como todo el ejército, al escribir á su subordinado con fecha 24, ó sea al día siguiente de la derrota, y en una comunicación que casi era un desahucio, no le dijera que la primera causa de él estaba en que cada cuerpo se retiraba como buenamente podía á consecuencia de perder un combate?; lo que Alacha supo en Salas fué la derrota de Belveder en Gamonal y Burgos, el avance del héroe de Marengo sobre Somosierra y la ocupación por el enemigo de todos los puentes sobre el Duero, lo que hacía su situación desesperada.

En aquella ocasión tenía á sus órdenes los batallones de Cantabria, Provincial de León, Tiradores de Castilla, Granaderos del General, Voluntarios de Cataluña y medio escuadrón de Caballería de la Reina número 2, todos los que no llegaban á tres mil hombres ni tenían más esperanzas que caer en manos del enemigo; en tal situación, hasta el 4 de Diciembre, permaneció entre sierras y montes marchando y contramarchando sin rumbo fijo, tanteando el paso del Duero, que logró el 7 en Berlanga y dos días después hallóse en Atienza (provincia de Guadalajara) donde se enteró de la marcha del ejército y co-

menzó á estudiar el paso del Tajo, lo que efectuó para el día 14, no sin correr el gravísimo riesgo de que le cogieran entre dos fuegos los enemigos; al fin, el 16, después de andados entre idas y venidas más de 400 kilómetros, se incorporó al cuartel general con sus fuerzas íntegras, más diez y siete prisioneros.

Por ese hecho, que tal vez no tenga igual en aquella guerra, fué recompensado con el empleo de mariscal de campo, y las fuerzas con la creación de una cruz en que se leía en círculo: «División de Nalda». «Fernando VII»; su cinta era blanca, con franjas amarillas.

Siguió la guerra con varia fortuna, batiéndose en Cataluña principalmente, y allí, en Julio de 1810, es nombrado gobernador de la plaza y castillo de Tortosa en los días en que los invasores la atacaban. Su linaje, su nombre, su reputación, hizo que O'Donnell, general jefe del Principado á la sazón, le designara para su mando, relevando al anterior gobernador después de rechazar éste las primeras embestidas; el 4 de Julio las iniciaba la División Laval, y las repetía el 6, 8 y 9, en cuyos días cesaba el gobernador, siendo sustituido por el brigadier D. Isidoro de Uriarte hasta la llegada de Alacha, que llevó á la plaza parte de la 4.<sup>a</sup> División que comandaba en el ejército de Cataluña; en esta situación de bloqueados, permanecieron los tortosinos hasta el mes de Diciembre, recibiendo de vez en cuando auxilio de tropas (que se salvaban) y de víveres introducidos por los generales Caro y O'Donnell y haciendo frecuentes salidas, en una de las cuales y á la cabecera del puente sobre el Ebro, fué Alacha herido en un muslo.

El mariscal Suchet, futuro duque de la Albufera, poco adelantó en el cerco hasta el 13 de Diciembre, en que se le unió el mariscal MacDonald, duque de Tarento, recientemente cubierto de gloria en Wagram; ya unidos ambos cuerpos, atravesaron el Ebro y se estableció el verdadero cerco el 19 de Diciembre, comenzando los trabajos de zapa correspondientes, el establecimiento de baterías, el bombardeo, abertura de brechas, momentos de vacilación en la plaza, y el 2 de Enero de 1811 su rendición, tras la celebración de dos consejos de guerra (el 29 y 31 de Diciembre), triste capitulación que se firmó sobre una cureña, en la misma fortaleza hollada ya por los granaderos del general Habert.

La capitulación estremeció de ira á Cataluña primero y al resto de España después; dimitió el general en jefe interino del ejército, se formó consejo de guerra en Tarragona al conde de Alacha y fué conde-

nado á muerte, cuya sentencia se ejecutó en efigie el 24 de Enero, pero vino la vuelta de Fernando VII, vióse nuevamente el proceso y Alacha fué absuelto; la razón de estas contradicciones, al hablar del general Imaz, las hemos insinuado, y en este caso, por especiales circunstancias, aun se acentuaban y con fuerzas.

Atendida su historia militar, no cabe dudar ni del valor ni de la pericia de Alacha: sin embargo, la defensa fué débil y corta ¿por qué?, y aquí comenzaría el estudio de una serie de causas que aclararían el enigma en parte; los tortosinos no tuvieron los arranques viriles de gerundenses y maragatos; la guarnición desertaba (no era la de Ultonia), los franceses tuvieron inteligencias dentro de la plaza, Alacha estaba recién herido, reumático, viejo y cansado de la campaña y de otras cosas que en su honradez no cabían y sentía le rodeaban; todo esto hubo de influir en su desaliento, al punto de dividir el mando de la plaza y de reunir consejos en los que casi todos se pronunciaban veladamente por una capitulación, y no se adoptaba ninguna resolución; dijose también que en los últimos momentos no faltó quien abriera al sitiador el acceso al castillo: el resultado fué la rendición, en circunstancias no clarividentes.

Si, con recelo y escrupulosidad grande, procuramos siempre sentar juicios en esta vulgarización sobre cosas que se refieren á Guipúzcoa, en este punto hemos ahondado en estudio y lectura de autores y de papeles; no es posible creer en justicia en la culpabilidad cierta de Alacha, como algún historiador; tampoco cabe en absoluto inocencia, que la debilidad en la milicia no es excusa, pero convendrá ahondar algo, estudiar un poco á Schipeler (alemán) y Blanch (catalán), prescindiendo, como lo hacemos, de franceses y demás españoles que pudieran tacharse de parciales; mucho se han ocupado de la conducta de Alacha, ¿pero se ha estudiado la de los habitantes de Tortosa y la guarnición?; entonces se ve, y claro, que la situación de Alacha no es para deseada á ningún gobernador de plaza; ¿Palafox y Alvarez perdurarian en la historia de no haber tenido tras sí á zaragozanos y gerundenses?

Bajo este aspecto hay que juzgar á Alacha, así lo veo yo, y así juzgado, puede tranquilo dormir su postrer sueño el hijo de la Euskal-erria, cuyo solar bañan las corrientes aguas del Urola.

ANGEL DE GOROSTIDI.